

espíritus de los pueblos, a sacrificar la independencia interior, a acabar con la libertad de acción y de elección en el querer, que son la base de la determinación del carácter del hombre y de la fisonomía especial de las sociedades, atributos que les permiten convertirse en artífices de sus propios destinos e imprimir su huella imborrable en la tupida maleza de los tiempos.

Pues bien, si los problemas señalados son de honda cultura, nada más lógico que los pueblos esperen que las clases estudiosas les tracen sus normas, y por ello las escuelas deben formar la moderna conciencia iberoamericana, incubando el nuevo orden social por la transformación de los dogmas educacionales en sus principios, en sus métodos, en sus finalidades: débese, por lo mismo, acabar con el proletariado intelectual, capacitando a los escolares, de acuerdo con su vocación, para el trabajo útil a la sociedad en que viven, preparándolos para servirla mejor en los campos y talleres que en la política y los empleos; débese también sustituir la enseñanza teórico-verbalista por la experimental; la dialéctica, por la investigación y el conocimiento del medio, y convertir los laboratorios en centros científicos de producción cooperativa que inicien el perfeccionamiento de la técnica y del régimen de la economía nacional, a fin de aumentar sus bienes y distribuirlos con equidad, siguiendo el lema de ciencia, pan y justicia para todos; mas para que estas aspiraciones se convirtiesen en programa de gobierno universitario, ha sido indispensable que el impulso de las masas acabe en nuestros países con el monopolio de la cultura, obteniendo para sí toda clase de posibilidades para elevarse por sus méritos y constancia. Se ha necesitado también que las puertas seculares de las universidades pontificias se abriesen de par en par para escuchar el himno del proletariado, y que el clamoreo de las juventudes estudiosas de Bolonia, de París, de Salamanca y de Córdoba, de Buenos Aires y Paraguay, de España y de México, reclamasen con su sacrificio heroico el título de ciudadanos de la República Universitaria, en la que se hiciese el trascendental ensayo de las futuras democracias funcionales, convirtiendo las prácticas cívicas en la mejor cátedra para el respeto de las autoridades por el pueblo universitario designadas, inculcando la obediencia de la ley dictada por el mismo ciudadano universitario y demostrando, en fin, que la libertad puede vivir dentro del orden y que la autoridad puede ser acatada sin convertirse en tiranía. La representación revocable y directa del magisterio y el estudiantado es la práctica más eficiente de la futura solidaridad social, porque significa la armónica unión de gobernantes y gobernados, mediante la adhesión consciente y la cooperación entusiasta.

Nuestras universidades modernas cimentan la posición de los pueblos frente a la vida con su programa de educación integral, que